

## La reconciliación

En un fugaz fragmento de la grabación de la noticia que fue retransmitida al mundo entero el 12 de junio de 1964, el día que debía comenzar a cumplir su condena, Nelson Mandela queda parcialmente oscurecido por la malla metálica que cubre la ventanilla del furgón donde se traslada a los hombres condenados.<sup>1</sup> Aunque ocultos, los presos dejan una huella imborrable de rebeldía al asomar los puños por los huecos de ventilación de los laterales del vehículo precintado, un gesto acorde con los desafiantes vítores de los espectadores, muchos de los cuales habían abarrotado la galería durante el juicio.

A pesar de que los agentes de policía habían salido por una puerta trasera para eludir a la muchedumbre, muchas personas consiguieron aclamar a sus héroes de camino a la prisión. Por encima del molesto zumbido del tráfico y el intermitente rugido de las motos de la escolta, Mandela pudo oír el griterío de fuera, las llamadas y respuestas de consignas y cánticos que habían congregado a los incondicionales de la lucha a lo largo del tiempo. Una potente voz gritó «*Amandla!*» («¡Poder!» en xhosa) y la gente respondió «*Awethu!*» («¡Al pueblo!»). Jamás en la historia de la lucha en Sudáfrica existió nada tan elocuente como esas dos sencillas palabras para expresar la agonía de millones de personas y su determinación de cambiar radicalmente los siglos de opresión.

Para una persona de raza negra, ingresar en prisión en junio de 1964, unos dieciséis años después de que el National Party llegara al poder, significaba quedar a merced de funcionarios atrapados en el escalafón inferior de la jerarquía administrativa del Estado. Los funcionarios de prisiones eran blancos, por lo general de estirpe afrikáner, de escasa formación y poderosos. Se trataba principalmente de hombres y mujeres jóvenes, los que habían inducido al escritor estadounidense James Baldwin a señalar que «la ignorancia, aliada con el poder es el enemigo más atroz que la justicia pueda tener».<sup>2</sup>

Los celadores negros, también víctimas de la violencia inherente a la política del *apartheid* que los había convertido en instrumentos de opresión, constituían en su mayoría una versión más benévola de sus hermanos de tez clara. No obstante, eran los funcionarios blancos quienes estaban a cargo de Mandela y la población de presos políticos.

Este era el nuevo mundo de Mandela, un mundo en el que los reclusos negros primero eran sometidos a la humillación de desnudarse y luego obligados a llevar pantalón corto, a diferencia de los presos indios y mestizos, que vestían pantalón largo. A él le enorgullecía su manera de vestir en el mundo exterior, pues la indumentaria simbolizaba el concepto que tenía de sí mismo. Cuando fue procesado en una comparecencia anterior ante los tribunales, en 1962, se abstuvo de vestir con traje de estilo occidental y optó por el *umbhaco*, el atuendo tradicional isiXhosa, que llevó con gracia y altanería.

En 1965, cuando cumplía cadena perpetua en la isla de Robben, las diversas fotografías\* que se sacaron clandestinamente y que fueron publicadas por el Fondo Internacional de Ayuda y Defensa en Londres, en las que Mandela y su compatriota Walter Sisulu aparecen con la cabeza afeitada enfrascados en un debate, no auguraban un futuro gesto de generosidad.

Lo único que les rodeaba era la inhóspita desolación de la cantera y los muros de piedra. Era, como el difunto Indres Naidoo lo denominó, una auténtica «isla encadenada».<sup>3</sup> No era un lugar para alimentar el espíritu de la reconciliación.

Con todo, treinta y un años más tarde, la imagen de Mandela esbozando una radiante sonrisa en el transcurso de un partido de rugby de los Springboks en la victoriosa final de la Copa del Mundo de Rugby de 1995 se ha convertido por derecho propio en un símbolo gráfico de reconciliación y sensatez. Se suma al misterio que siempre rodeó al hombre al que los medios llamaban la Pimpinela Negra.

A principios de los años sesenta, el sistema penal del National Party constituía una de las armas coercitivas más aterradoras del estado del

\* Las fotografías fueron tomadas por Cloete Breytenbach, que trabajaba para el *Daily Express* en Londres. La reconciliación

Mandela ya había tenido encontronazos con la justicia, sobre todo como voluntario jefe del CNA durante la Campaña de Desafío de las Leyes Injustas iniciada el 26 de junio de 1952, y fue uno de los imputados en el maratónico Juicio por Traición\* celebrado entre 1956 y 1961. Antes de ser sentenciado a cadena perpetua, cumplió una condena de cinco años, desde el 7 de noviembre de 1962, por salir del país sin pasaporte e incitar a los trabajadores a la huelga.

En todos estos reveses Mandela hizo gala de una gran dignidad. La negativa a degradarse infunde un sentimiento de dignidad, y Mandela reconoció en los primeros tiempos de su encarcelamiento que no tendría más remedio que frustrar los designios del régimen y sus acólitos. Al igual que ocurre en el caso de cualquier persona obligada a luchar por su vida, descubriría su propia fortaleza en el apogeo de la batalla. Fuera, antes de su arresto, gozaba del apoyo del CNA y de su infraestructura; la prisión era diferente y exigía tácticas distintas. Allí se tenía a sí mismo, a sus camaradas más cercanos y a una población reclusa integrada por personas de distintas filiaciones políticas. Sin embargo, todos compartían una cosa: eran presos políticos cuyo objetivo era la caída del régimen del *apartheid*. Juntos aprendieron a usar las reglas en beneficio propio. Plantaron cara a quienes consideraban inaceptables y, con el tiempo, tras repetidos desacatos, se hicieron indomables.

Recordando esta época, Michael Dingake, que fue liberado de la isla en 1981 tras cumplir quince años de condena, escribió que, de entre todos los internos, Mandela «era el participante más infatigable de los debates, fuera en deliberaciones formales restringidas a miembros del CNA o en charlas informales, bilaterales o de grupo con miembros de otras organizaciones. Algunos, siempre que podíamos, preferíamos enfrascarnos en el *mlevo* (algarabía, charla trivial). El camarada Nelson no. Todos y cada uno de los días, además de la agenda de su organización, tenía numerosas citas a título individual, siempre a iniciativa propia, para tratar temas relativos a las relaciones entre las organizaciones, quejas de los presos, estrategias conjuntas contra las autoridades penitenciarias y otros de índole general. Nelson Mandela es un incansable activista en pro de los derechos humanos».4 Mac Maharaj, un activista político enérgico y con carácter —y un inconformista entre los ministros del primer gabinete de Mandela—, resultó ser un hueso duro de roer para sus carceleros en la isla de Robben. Ideó ingeniosos planes para sacar de prisión los escritos de Mandela clandestinamente. Su labor de mediador durante la transición resolvió coyunturas difíciles; no adulaba a nadie, lo cual desconcertaba a algunos. Atribuye la

\* Juicio por Traición: véase Gente, lugares y acontecimientos.

supervivencia de su antiguo compañero de prisión al «excepcional autocontrol» del líder veterano.

«Las mayores hazañas de Mandela son producto de su compromiso con los demás a la hora de proceder según las asunciones de estos y esgrimir cuidadosamente argumentos para llevárselos a su terreno. Su manera de proceder se desarrolla con la línea de ataque de la otra parte. En privado, nunca ceja en su empeño de entender a su interlocutor, sea el enemigo, un adversario, un opositor o su propio colega».5

Pero lo que pondría de manifiesto la altura de Mandela entre sus partidarios y enemigos por igual era su infalible don de la oportunidad. Aprovechaba cualquier ocasión para causar impacto sin permitir, en ningún momento del proceso, que ninguna afrenta, por insignificante que fuera, quedara sin respuesta. Se encaraba con las autoridades cada dos por tres,

reivindicando los derechos de los presos y oponiéndose a cualquier forma de humillación hacia su persona o hacia sus compañeros. Con el tiempo, se enfrentó a los funcionarios penitenciarios por nimiedades, por pequeñas libertades, por los pantalones largos. Lenta e inevitablemente —sobre todo a través de los testimonios de antiguos presos y de cordiales magistrados que pudieron visitar a los reclusos—, las luchas y privaciones del interior de la prisión salieron a la luz en el mundo exterior. De igual modo lo hizo el espíritu invencible de un hombre.

El hecho de que el mundo haya podido apreciar la contagiosa humanidad de Mandela ha sido únicamente gracias a la cultura popular, al deporte y a las artes, especialmente a la música, el cine y el baile. Las canciones de libertad que inspiraron a una generación de activistas políticos entre las décadas de los sesenta y los noventa invocaban el nombre de Mandela. A nivel internacional, artistas como Miriam Makeba y Hugh Masekela, en su época pájaros enjaulados en su tierra natal que se liberaron para volar alto en el exilio, colaboraron con nombres de la aldea global como Harry Belafonte, Quincy Jones y otros muchos para popularizar la lucha del pueblo sudafricano, una lucha que se había convertido en sinónimo de Mandela.\* Tony Hollingsworth, que produjo los «conciertos de Mandela», tachonados de estrellas, en el estadio de Wembley en 1988 y 1990, atribuye el éxito de estos macroespectáculos al gancho de Mandela a nivel mundial.

\* Miriam Makeba y Hugh Masekela, dos de los músicos más destacados de Sudáfrica, huyeron del país durante el *apartheid* y consolidaron sus carreras con éxito en el extranjero.

La lucha en Sudáfrica, que obligó al mundo a hacer su propio examen de conciencia —de ahí las diversas resoluciones de las Naciones Unidas donde se condenaba el *apartheid* como un crimen contra la humanidad—, encontró su tabla de salvación en Mandela. A medida que la lucha se definía, el mensaje de valor que se propagó a todos los rincones del mundo se anunciaba con la imagen de un hombre. Era habitual que los representantes del CNA comenzasen sus discursos ante organismos internacionales con las palabras: «Os damos la bienvenida en nombre de Nelson Mandela y de las masas oprimidas de Sudáfrica».

Cuanto más se prolongaba su condena, más abría el mundo sus brazos a los familiares y a las amistades políticas de Mandela, sobre todo precisamente en aquellos ámbitos que le estaban vetados a Sudáfrica. Exiliados como Barry Feinberg, Ronnie Kasrils, Pallo Jordan, John Matshikiza, Billy Nannan —y muchos otros que posteriormente ocuparon puestos de relevancia en la nueva Sudáfrica— formaron Mayibuye, la unidad cultural del CNA, cuyo repertorio constaba de lecturas, cantos y pequeñas representaciones de la vida en Sudáfrica, incluido el discurso de Mandela en el banquillo de los acusados.\*

Las giras por varios países de Europa del Este en los años setenta continuaron en los ochenta bajo la dirección del Amandla Cultural Ensemble, una compañía cuyo origen se remontaba a los campamentos del CNA en Angola, donde alguna que otra vez el presidente O. R. Tambo hacía una aparición estelar y dirigía la compañía.<sup>6</sup> En otros lugares, activistas culturales como James Phillips fundaron y formaron coros en la República Federal Alemana, Holanda, Bélgica, Suecia, Gales y Estados Unidos para entonar los cantos de libertad en las lenguas indígenas del pueblo de Sudáfrica. Para el público del abarrotado Kulturhuset de Estocolmo, ver a una compañía de jóvenes de pelo rubio platino y mejillas sonrosadas cantando y bamboleándose al ritmo de *Shosholozza Mandela* era infinitamente más elocuente que cualquier discurso político.

Para cuando fue puesto en libertad, Mandela se había convertido en el preso político más famoso del mundo. Representaba —según un sondeo realizado por la presidencia— la imagen de marca más reconocible después de la Coca-Cola, y no solo en los círculos de Occidente.<sup>7</sup> El presidente de la Alianza Mundial de la Juventud, el ruandés Obadias Ndaba, escribe:

\* Barry Feinberg, activista *antiapartheid*, exiliado, poeta y director de cine, reside actualmente en Sudáfrica. Ronnie Kasrils luchó por la libertad con Umkhonto we Sizwe. Trabajó en el gabinete de Mandela como viceministro de Defensa y más tarde, bajo la presidencia de Mbeki, como ministro de Inteligencia. Pallo Jordan trabajó para el CNA en el exilio y en el gabinete de Mandela como ministro de Correos, Telecomunicaciones y Radiodifusión. John Matshikiza fue actor, poeta, director de teatro y periodista. Se exilió con sus padres, Todd y Esme Matshikiza, cuando era niño y regresó al país en 1991. Murió en Sudáfrica en 2008. Billy Nannan fue un activista *antiapartheid* que se exilió en los años sesenta tras ser detenido y torturado. Trabajó para el CNA en Londres hasta su muerte en 1993.

«Desde finales de la década de 1980 hasta principios de la década de 1990, mucha gente de mi patria remota bautizó a sus hijos con su nombre. Hoy tengo varios amigos de la infancia llamados Mandela, aun cuando el nombre es totalmente ajeno a nuestra cultura. Así pues, crecí con unos patrones en los que el nombre de Mandela se asociaba con algo bueno que emular: el amor, la libertad y la paz, que no existían bajo la locura de [el difunto dictador zaireño] Mobutu [Sese Seko]. Como pueblo de pastoreo que éramos, incluso nos regocijábamos en el hecho de que Mandela había sido pastor de pequeño».<sup>8</sup>

Nelson Mandela desafió las expectativas con su inquebrantable causa de humanizar —de palabra y obra— a sus adversarios y hasta a su propia gente, maltrecha y traumatizada por los excesos del régimen del *apartheid*. Acogió a sus antiguos carceleros, Christo Brand, James Gregory y Jack Swarb, otorgándoles un lugar de honor durante su investidura el 10 de mayo de 1994. Almorzó con Percy Yutar, quien —según George Bizos— había «demostrado su falta de respeto hacia el ejercicio ético de la jurisprudencia».<sup>9</sup> Durante el juicio de Rivonia, celebrado entre 1963 y 1964, Yutar había expresado su preferencia por que Mandela y el resto de imputados fueran procesados por alta traición, un delito condenado con la horca, antes de cambiar los cargos a sabotaje.<sup>10</sup>

Mandela consideraba que la reconciliación y la unidad nacional eran una cara de la moneda y que la otra, la reconstrucción y el desarrollo, era algo que podía alcanzarse «por medio de un proceso de reciprocidad» en el que todos debían «participar —y dejar constancia de ello— en la tarea de reconstrucción y transformación del país».<sup>11</sup>

El proyecto de nación por el que abogaba Mandela requería armonía entre los diversos elementos de la sociedad sudafricana. Dicha armonía únicamente era posible si los beneficiarios de la explotación de la era del *apartheid*

entendían que había llegado la hora de compartir los recursos en beneficio de todos. Solo entonces Sudáfrica tendría la oportunidad de crear un futuro equitativo. La alternativa era la conflagración.

Desde el punto de vista político, pese a que el CNA se había llevado la mejor parte de la representación en el gobierno de unidad nacional (GNU), Mandela quería estudiar la idea de la participación de partidos minoritarios en el gobierno. Lo discutió con el Congreso Panafricanista, la Organización del Pueblo Azania, el Partido Democrático, el Partido Conservador y el Freedom Front. Si bien la Constitución no contemplaba la inclusión de esos partidos en el gabinete, Mandela sostuvo que estaba dispuesto a trabajar para cambiar la Constitución e incorporarlos.

No se trataba de un acto altruista que no venía al caso, sino del entendimiento de, entre otros preceptos, la *Carta de la Libertad*, donde se declara que «Sudáfrica pertenece a todos los que viven en ella» y «Todos los grupos nacionales tendrán los mismos derechos».<sup>12</sup> Pero Mandela tenía presente que sería una negligencia por su parte ignorar que la única vía hacia el ubicuo ideal de igualdad partía de una serie de iniquidades históricas. Y sabía que las injusticias del presente tenían su origen en las injusticias del pasado. Mandela estaba resuelto a asumir el reto de lograr que el partido que había monopolizado el poder aceptase la pérdida del mismo y se comprometiese a la creación de una sociedad justa y reconciliada. Esa sociedad no podía crearse sin trabajar arduamente. Mandela tenía que calar hondo en personas a las que el tiempo y la historia habían obligado a mirarse desde ambos lados de un gran abismo. Se había metido de

llo en el estudio de la historia y la cultura afrikáans, recurriendo a sus viejos carceleros en su proceso de investigación. Estaba tan familiarizado con el modo en el que los afrikáners trataban de controlar sus miedos aferrándose al poder como con el daño potencial si las masas de raza negra sospecharan que sus victorias, obtenidas con tanto esfuerzo, no estarían a la altura de las expectativas a la hora de asegurarles el poder político duradero. La que fuera primera dama de Sudáfrica y defensora de los derechos de la mujer, Zanele Mbeki, conversando con un amigo en un aparte, resumió la tragedia de las recíprocas percepciones entre negros y blancos. Los negros, comentó, ven a los blancos como personas que se han ido al cielo sin morir previamente.<sup>13</sup>

Mandela había señalado a los afrikáners para su iniciativa de reconciliación por la sencilla razón de que era un sector de población cuyo respaldo había propiciado en gran medida el ascenso al poder del National Party. Por encima de todo, no obstante, estaba la constancia de que los afrikáners eran oriundos de Sudáfrica, sin raíces en ningún otro lugar. Tenían fama de ser personas de fiar, sin la malicia y falta de honestidad de sus homólogos de habla inglesa, a quienes la población negra acusaba de ser los causantes de todo. La «barrera racial»\* era una invención colonial británica; al idear el *apartheid*, el afrikáner se limitó a funcionar conforme a un patrón seguro. Mandela sabía asimismo que si los afrikáners —que tienen en común una historia de pobreza con los africanos— aceptaban el cambio que representaba la nueva democracia, constituirían el eje central de su defensa.

\* En la Sudáfrica del *apartheid* existía una «barrera racial» aplicable legalmente en virtud de la cual se asignaban determinados trabajos a la gente según su clasificación racial.

Con todo, Mandela era consciente de los matices existentes en los distintos colectivos y de que cometería un error si medía a los afrikáners por el mismo rasero y pasaba por alto el hecho de que, como colectivo, estaba socialmente diferenciado y políticamente dividido en la transición. Aunque con las primeras elecciones democráticas se había evitado una guerra civil y graves disturbios por parte de los defensores de la autodeterminación afrikáner, el poso de descontento aún hacía mella, sin tregua, cuando el nuevo gobierno asumió el poder. El establecimiento del Consejo del Volkstaat aplacó el resquemor de la comunidad afrikáner, pues contribuyó a persuadirles de que tenían un hueco en la Sudáfrica global. El instinto de supervivencia afrikáner de cara a una inexorable oleada de cambios constituía una razón de mucho mayor peso para que los partidarios de la línea dura decidiesen participar en el proceso. Con su don de la oportunidad, Mandela, que siempre buscó acomodo a los que pudieran estar descontentos, se aseguró de que los acuerdos fueran inviolables, minimizando así el riesgo de que se emprendiesen acciones destructivas que llevaran al país a la ruina.

No escatimó esfuerzos en su firme propósito de evitar cualquier cosa que pusiese en peligro la estabilidad del país. La mayoría de los agitadores se dejaban llevar por el corazón. Mucho más tarde, expresaría la necesidad de que los líderes impusieran el buen juicio sobre las emociones. Comentó a Oprah Winfrey: «El corazón nos decía: “La minoría blanca es un enemigo. No debemos dialogar con ellos bajo ningún concepto”. Pero la cabeza nos decía: “Si no dialogas con este hombre, el país arderá en llamas y, en los años venideros, quedará sumido en ríos de sangre”. De modo que teníamos que resolver ese dilema; nuestra decisión de dialogar con el enemigo fue resultado de anteponer la cabeza al corazón».<sup>14</sup>

Si bien De Klerk se había enfrentado anteriormente a la oposición de los halcones de las fuerzas de seguridad del *apartheid* para alcanzar un acuerdo con Mandela, recientemente liberado, resultaba en cierto modo irónico —lo cual Mandela debió de percibir— que tuviese que enfrentarse a vientos adversos procedentes de distintas direcciones en contra del *volkstaat*. Como siempre, Mandela debía tener presentes ciertas actitudes intransigentes entre las filas del CNA, que no consentirían que se cediese

nada del territorio en beneficio de un grupo de especial interés dado que las políticas del CNA abogaban por un Estado sudafricano unitario. Mandela también tenía presente que, incluso en la época en la que sondeaba a los funcionarios del *apartheid* en prisión, hubo intentos de desvincularle —y por lo tanto de alinearle— de su base política, el CNA. En los círculos de poder del CNA existía la sensación de que el régimen —en su reconocido deseo de dividir y sembrar la confusión entre los mandos del movimiento de liberación— se esforzaba en dar la impresión de que Mandela se encontraba «comprometido».

En el seno del CNA había radicales a los que todavía se les ponía la carne de gallina ante la transición, que seguía su curso lento y pacífico. Estos, imbuidos del espíritu de Harry Gwala o incluso de Chris Hani, habrían preferido un golpe militar de Umkhonto we Sizwe (MK), sin necesidad de las coacciones propias de la negociación política. Pero para Mandela se trataba de los asaltos decisivos de un combate de boxeo donde al contrincante, que había asestado golpes contundentes al inicio de la pelea, le empezaban a temblar las piernas. Así pues, por el bien de culminar el proyecto de la reconciliación, Mandela siguió adelante y no cedió a las presiones para faltar a su palabra con respecto a los compromisos previos adquiridos con relación al *volkstaat* como concesión a ciertos elementos del seno del CNA. En junio de 1995, después de que el Consejo del Volkstaat presentara su primer informe —en el que desechara la idea de un *homeland* afrikáner y optaba por un Consejo Cultural de la Ciudadanía, una región de desarrollo económico y una cuota del área de Pretoria—, Mandela respondió a los argumentos contra el *volkstaat* en el Senado:

«En cuanto a la cuestión más general del informe del Volkstaatraad [Consejo del Volkstaat] deseo reiterar que mi organización y yo personalmente estudiaremos el informe con sensibilidad. Lo haremos teniendo en cuenta la cooperación de estos líderes en el curso pacífico de la transición. Al mismo tiempo, mantenemos nuestro firme compromiso con los principios de democracia, igualdad racial y equidad».<sup>15</sup>

Consideró necesario recordar a la asamblea los fuegos que se habían sofocado. «Muchos no saben a qué peligros se enfrentaba el país justo antes de las elecciones —dijo—. Sin embargo, quienes llevamos negociando desde 1986, y especialmente poco antes de las elecciones, sabemos que estábamos al borde de una catástrofe que podría haber sumido a este país en un baño de sangre [...]. Os resulta fácil decir que no habrá un *volkstaat* en este país. Os resulta fácil porque no hicisteis esa labor. Ignoráis los peligros que se cernían.

»No voy a hacer demagogia con el futuro de este país. Si se ha dado un giro y la gente ahora está cooperando, nosotros, como líderes, tenemos la responsabilidad de sentarnos a estudiar cómo podemos cumplir sus expectativas. Como he dicho antes, y deseo reiterarlo, la decisión de la cuestión del *volkstaat* está en manos del pueblo de Sudáfrica. El pueblo deberá decirnos si desea o no un *volkstaat*. No se trata de una cuestión que vaya a resolverse sin más de manera oportunista».<sup>16</sup>

Si bien pensaba que no había dado tregua alguna a los pesimistas, Mandela se encontró ante otra encrucijada cuando, en marzo de 1996, una comisión de deportes recomendó que se retirara el símbolo del Springbok. Invocando la amenaza de la derecha, Mandela criticó a personas de dentro y fuera del CNA por «no ser conscientes de que entre los blancos todavía existen elementos peligrosos que no asumen la actual reconciliación y que pretenden valerse de cualquier pretexto con el fin de sumir al país en un baño de sangre. Esa es la realidad de la situación. Pero hay mucha gente que no se hace cargo de esto».<sup>17</sup>

El himno nacional era otro asunto espinoso. Antes de las elecciones de 1994, el CNA y el National Party alcanzaron un acuerdo provisional en el Consejo Ejecutivo de Transición para utilizar tanto *Nkosi Sikelel' iAfrika* (*Dios bendiga a África*) como *Die Stem van Suid Afrika* (*La llamada de Sudáfrica*) cantados sucesivamente. Al tomar posesión del cargo, Nelson Mandela

encomendó a un equipo crear una versión mucho más corta y menos enrevesada que combinara fragmentos de ambos himnos.<sup>18</sup> No obstante, durante la redacción de la Constitución definitiva, en septiembre de 1996, el Comité Ejecutivo Nacional del CNA tomó dos decisiones con respecto al himno antes de que Mandela llegase a la reunión. La primera fue que la nueva Constitución no debía dar detalles concretos sobre el himno, sino proveer que fuera competencia del presidente. La segunda fue que el himno nacional debía ser *Nkosi Sikelel' iAfrika* traducido a cuatro idiomas. Mandela no tuvo conocimiento de ello hasta el término de la reunión. Expuso a sus colegas en el Comité Nacional de Trabajo que dicha decisión no debía tomarse en su ausencia y exigió que el Comité Ejecutivo Nacional lo reconsiderara.<sup>19</sup> La cuestión del himno quedó tal cual figuraba en la Constitución provisional y, en octubre de 1997, cuando el equipo finalizó su trabajo, Mandela anunció que la composición híbrida sería el himno nacional.

En este contexto reconciliatorio, Mandela estaba dispuesto a asumir riesgos, a sabiendas de que sus actos podían prestarse a malas interpretaciones. Esto no era una novedad. En la vorágine que sucedió a los comicios en Sudáfrica, cabía la posibilidad de olvidar los riesgos que se habían asumido, las apuestas, para conducir al país al lugar donde se encontraba. Mandela había comenzado como voluntario jefe de la Campaña de Desafío de 1952 hasta llegar a convertirse en comandante en jefe de la MK en 1961, periodo durante el cual —al igual que en el caso de los coetáneos Viajeros por la Libertad del movimiento por los derechos civiles del sur de Estados Unidos— una persona de raza negra ponía en juego su vida por reivindicar un trato digno de ser humano. Ser voluntario en aquel entonces era ser, desde el punto de vista de una fuerza policial pronta a entrar en acción, un agitador.

Mandela asumió riesgos al convertirse en comandante en jefe de la MK; cuando pasó a la clandestinidad; y, qué duda cabe, cuando se sentó en el banquillo de los acusados y pronunció un desafiante discurso a sabiendas de que el juez que iba a dictar su sentencia tenía potestad para otorgarle la vida o condenarlo a muerte. Si la puesta a punto de un sistema injusto había requerido valor, Mandela estaba predestinado a saber que doblegar el mismísimo sistema al servicio de la democracia requeriría más determinación y astucia si cabe.

Tenía presente que debía hacer acopio de toda su fortaleza y habilidad —y dotes de persuasión— para solventar los problemas que presentaba la comunidad negra. Esa era la gente que había sido engañada de manera sistemática por el poder racista. Aunque, cuando a la salida de prisión manifestó a la muchedumbre expectante que no se presentaba «como un profeta, sino como un humilde servidor vuestro, del pueblo», probablemente —dado el extremadamente convulso periodo de la historia de Sudáfrica— la gente no tomara en serio su exención de responsabilidad.<sup>20</sup> Su puesta en libertad, símbolo de la liberación del yugo de la opresión, la violencia, la pobreza y el sufrimiento, suponía para ellos la materialización de una profecía. Él era la personificación de las promesas de paz, libertad y prosperidad realizadas en infinidad de campañas políticas. Aun cuando el grueso del CNA y sus socios de la Alianza Tripartita no fueran racistas, nadie había preparado a las masas para el hecho de que el camino hacia delante se desviaría hacia la reconciliación.

Mandela había emprendido el camino de la reconciliación, lo cual significaba aplacar los temores de los blancos y ganarse a los medrosos para que aceptasen la vía de la paz. Si bien Mandela gozaba de admiración por escuchar a gente con puntos de vista discrepantes, como señala el psicólogo y activista *antiapartheid* Saths Cooper en una entrevista, al recordar el tiempo que pasó con él en la isla de Robben, ahora debía ocuparse de un electorado que, aunque coincidía con él en casi todo, veía con malos ojos su afán por la reconciliación.<sup>21</sup> En este sentido, Mandela se encontró cada vez más a menudo en la obligación de defenderse de la acusación de que su causa de la reconciliación significaba aplacar los miedos de los blancos

a costa de las necesidades de los negros. Esta acusación persistió, aun cuando explicaba la conexión dialéctica entre, por un lado, la reconstrucción y el desarrollo y, por otro, la construcción de la nación y la reconciliación, y que los beneficiarios de la futura estabilidad serían todos los sudafricanos y muy especialmente la mayoría negra. Ello había caracterizado su presidencia desde los primeros días. Respondiendo a la pregunta formulada por un miembro del CNA durante el debate presupuestario en el Senado en 1994, se explayó para aclarar el asunto manifestando: «El programa socioeconómico que nos hemos propuesto llevar a cabo requiere ingentes recursos. No podemos plantar cara a estos problemas si hay inestabilidad en nuestro país». Dijo que el gobierno se enfrentaba «a un problema que algunos hemos planteado en alguna que otra ocasión. Me refiero a la dificultad que tiene la minoría blanca de este país, con su pasado de privilegios que excluían a los negros no solo de los ejes del poder, sino también del disfrute de los recursos de este país».

La minoría blanca, señaló, «afrenta ahora la posibilidad de colaborar con una mayoría que ha sido excluida, lo cual ha generado la inquietud de que los cambios democráticos [...] podrían conllevar la dominación de los blancos por parte de la mayoría negra. Esa actitud adolece de enfoque respecto a los problemas por parte de nuestros compatriotas blancos».

La contrapartida de lo anterior atañía a la gente negra del movimiento de liberación que había interiorizado la resistencia hasta el punto de que se había convertido en una costumbre «en un momento en el que es preciso construir, y piensa que debe oponerse a todo lo que propicie una futura reconciliación y la construcción de la nación».

A modo ilustrativo, Mandela contó con su habitual autocrítica una anécdota sobre una conversación que mantuvo «con una destacada figura de habla afrikáans [...] que] dijo que yo no tenía ni idea de lo que había hecho por su gente, los afrikáners. Él consideraba que este también era su país. En su opinión, no solo me habían liberado a mí; a él también lo habían liberado. Estaba dispuesto a ponerse al servicio de Sudáfrica gracias a mi entereza.

«Cuando empezaba a henchirme de orgullo, se dio la vuelta y añadió que esto también era un signo de debilidad por mi parte. Dijo que me preocupaba tranquilizar a los blancos y desatendía a mi propia gente, que me había llevado al poder. Enseguida le hablé del Proyecto del Presidente\* que había tratado en el Parlamento. Él estaba al corriente de esa iniciativa y manifestó que la imagen que se había dado —y que era más peligrosa que los hechos— era la que me había expuesto.

«Fue más allá y me advirtió de que ni a la prensa ni a los restantes medios de comunicación les interesaba lo que yo le estaba contando. Él sabía que yo no había abandonado a mi gente, pero los medios de comunicación fomentaban la imagen de que estaba desatendiendo los asuntos del país. Lo que les desconcierta es que un hombre que ha pasado tanto tiempo en la cárcel adopte ahora esta actitud conciliadora. Han creado la imagen de que eso es lo único que me preocupa. Da la impresión de que incluso mis propios camaradas, que están al tanto de las actividades que desarrollo entre nues-

\* Estos proyectos, supervisados directamente por el presidente, incluían atención médica gratuita para niños menores de seis años y embarazadas, un plan de alimentación nutricional en cada escuela de enseñanza primaria con necesidades, suministro eléctrico a 350.000 viviendas, así como la restauración de servicios y creación de empleo en áreas rurales.

tra propia gente, se ven atrapados en esta propaganda alimentada por los medios de comunicación».

A continuación, Mandela pasó a la pregunta que le había formulado su interlocutor del CNA: «Mi camarada acaba de advertirme de que hay algo de cierto cuando se dice que he desatendido a nuestra gente y que ahora me centro en los blancos. No obstante, entiendo el ánimo con el que se dice esto, porque la gente está enojada, impaciente, lleva siglos sufriendo y aún sufre [...]. El Programa para la Reconstrucción y el Desarrollo está ahí para abordar las necesidades básicas de las masas de este país. Estas necesidades son las de la gente de color, es decir, africanos, mestizos e indios.

Este es el propósito del RDP.

»El éxito o el fracaso del gobierno de unidad nacional de este país dependerá de en qué medida se lleven a cabo todos los planes recogidos en el RDP. Nuestros ministros están trabajando las veinticuatro horas del día para asegurar la mejora de vida de nuestro pueblo con suficientes puestos de trabajo; suficientes escuelas, instalaciones educativas y viviendas; electricidad; transporte y abastecimiento de agua corriente potable y limpia. Todo ello está enfocado al servicio de los intereses y las necesidades básicas de las masas de este país».22

Los cambios que llevó aparejados la nueva democracia redujeron al National Party, antaño un bastión de expresión política afrikáner, a un socio minoritario en un gobierno de transición. Los responsables de las fuerzas de seguridad, del servicio público y del Banco de Reserva habían sido conservados temporalmente en aras de la estabilidad y el ultraconservador Freedom Front había aceptado perseguir sus objetivos por medios legales y constitucionales.

Pero la reducida representación no se tradujo en una disminución del poder en la sociedad blanca. Los blancos habían comenzado con ventaja a la hora de controlar los recursos económicos en perjuicio de la mayoría negra, castigada por siglos de desigualdad estructural, cuyas consecuencias no podían borrarse de la noche a la mañana. Puede que la población negra fuera mayoritaria, pero las instituciones educativas y religiosas de Sudáfrica, incluso la agricultura, cimentaban la base del poder de los blancos. Así lo había manifestado Mandela en una recepción organizada por el alcalde de Pretoria el 26 de agosto de 1994.23

La reconciliación, por tanto, debía trascender las instituciones oficiales y calar directamente en los distintos sectores de la sociedad. Como de costumbre, fue Mandela quien creó confusas expectativas, especialmente con la adopción de símbolos intrínsecamente afrikáners. Uno de los primeros ejemplos en este sentido fue su grandilocuente —e inesperada— muestra de apoyo a la selección nacional en la Copa del Mundo de Rugby en 1995. Poco después, dio un té a las viudas de líderes de ambos bandos de la lucha en su residencia oficial en Pretoria. Por otro lado, visitó a aquellas cuyo delicado estado de salud les impidió asistir, entre ellas Betsie Verwoerd, viuda del odiado cerebro del *apartheid*, el doctor H. F. Verwoerd,\* en su casa en Orania, en la provincia septentrional del Cabo. Cuando P. W. Botha sufrió un ataque de apoplejía, fue a visitarle a su residencia en George, en la provincia occidental del Cabo. El hecho de que los medios cubrieran estos conmovedores momentos —un Mandela de pelo cano escuchando pacientemente a P. W. Botha sermoneándole acerca de las consecuencias de las políticas gubernamentales o ayudando a Betsie Verwoerd a leer en afrikáans un texto demandando un *volkstaat*— aseguraba que a la inclusión se le diera cobertura nacional. Pero, del mismo modo, demostraba que Mandela estaba al mando.

Días después de la victoria de la Copa del Mundo de Rugby, Mandela se reunió con representantes de veinte organizaciones de ideología derechista y conservadora, una iniciativa del líder del Freedom Front, Constand Viljoen. Cuando un periodista le preguntó en una de tales ocasiones cuáles eran las razones de esos encuentros, Mandela explicó que todo era en aras de la construcción y reconciliación de la nación. «Era importante —dijo— mantener abiertas las líneas de comunicación entre dichas organizaciones y el gobierno para evitar cualquier posible malentendido que pudiera generar tensiones».24

En una intervención en la Afrikaanse Taal en Kultuurvereniging (Asociación de Cultura y Lengua Afrikáans), conocida por sus siglas AKTV, Mandela manifestó que entendía los temores ante una política lingüística que perjudicase a los afrikáners. Les aseguró que la protección y el fomento de todas las lenguas del país, incluido el afrikáans, era una premisa inquebrantable tanto del gobierno como del CNA.25

En 1996, el Ruiterswag, el ala juvenil del Broederbond —una poderosa

organización secreta cuyo principal objetivo era promover la cultura, la economía y el poder político de los afrikáners—, invitó a Mandela a una conferencia de jóvenes líderes afrikáners. Mandela les instó a alentar a sus comunidades a convertirse en agentes activos de la reconstrucción y el desarrollo.<sup>26</sup>

Impregnado del entusiasmo de su encuentro con los jóvenes líderes afrikáners y con el deseo de difundir el mensaje al conjunto de la sociedad, Mandela se desplazó rápidamente al abarrotado First National Bank Stadium de Johannesburgo, donde comenzaba el primer partido de fútbol de la Copa Africana de Naciones.

\* H. F. Verwoerd: véase Gente, lugares y acontecimientos.

Mandela también se aventuró a realizar intervenciones en universidades como la de Stellenbosch, Pretoria, Potchefstroom —históricamente de idioma y cultura afrikáans— y en iglesias, normalmente previa invitación, pero en alguna que otra ocasión a iniciativa propia, haciendo las delicias de los fieles. Dondequiera que hubiese un sentimiento de nacionalismo afrikáner, hablaba. Su mensaje siempre era el mismo.

«Para mí —escribió— es de suma importancia que todos nos involucremos en un serio debate sobre el futuro colectivo de este país [...]. La última vez que mencioné el legado de reconciliación y unidad nacional que pretendo dejar a mi paso, los mercados estuvieron a punto de hundirse. Abrigo la esperanza de que no vuelva a ocurrir. Pero hoy quiero reiterar que considero que uno de mis cometidos más importantes es trabajar en aras de la reconciliación nacional y dejar a mi paso un país donde reine la paz duradera y donde todas las personas y colectivos del país convivan en mutua armonía, respeto y consenso nacional».<sup>27</sup>

Teniendo presente que a los afrikáners les preocupaban la educación y los centros de enseñanza afrikáans, distribuía ejemplares de la *Carta de la Libertad* al público. Con respecto al documento, redactado y aprobado en 1955 en el Congreso del Pueblo, decía: «Es el documento de directrices políticas básicas del CNA. Hoy continúa representando los postulados fundamentales de la organización. Así pues, cuando hablo de reconciliación y respeto hacia todas las lenguas y culturas de nuestra nación no es, como a menudo se afirma, a título individual. Es una postura recogida en las directrices políticas básicas del CNA, el partido mayoritario del gobierno de unidad nacional. Digo esto para dejar constancia de que el respeto hacia la diversidad de nuestra sociedad está muy arraigado en la organización política que hoy dirige nuestro país [...].

»La lucha por la liberación que se ha librado a lo largo de ocho décadas en nuestro país se fundamentaba en una profunda reflexión y búsqueda de respuestas a cuestiones acerca de la naturaleza de nuestra sociedad. La llamada “cuestión nacional” ha estado continuamente presente en el movimiento de liberación. ¿Cómo van a integrarse los diferentes grupos nacionales en la unidad no racial? Y, antes de comenzar a debatir los intereses afrikáners, es importante tener en cuenta que la cuestión nacional no concierne únicamente a los afrikáners. Si uno se plantea el lugar de un grupo lingüístico o cultural en nuestra patria común, debe tomar en consideración al mismo tiempo los intereses del resto».

Mandela hizo hincapié en que el futuro del afrikáans «no puede equipararse al racismo. Al mismo tiempo, existe una minoría que indudablemente se aprovecha de la cuestión con fines racistas. Hay una minoría que se vale del pretexto de la preocupación por el afrikáans para tratar de salvaguardar los privilegios existentes interponiéndose en el camino de los cambios, los cuales redundan en interés del conjunto de la nación.

»Quienes se preocupan verdaderamente por el afrikáans deberían denunciar tal enfoque y a quienes abogan por él. De este modo también ayudarán a garantizar que no se siembren dudas entre la mayoría de sus compatriotas siempre que sale a relucir la cuestión del afrikáans». Conciliador hasta el final, Mandela exhortó a los afrikáners a «tratar el tema con talante positivo. Estamos aquí para escucharnos mutuamente y buscar soluciones

a cualquier problema que pueda existir».<sup>28</sup>

Cuando Mandela firmó el acuerdo de autodeterminación afrikáner entre el Freedom Front, el CNA y el National Party en abril de 1994, se cimentó la idea de un *volkstaat* y se despejaron los nubarrones de guerra civil.

El día de la elección de Mandela como presidente, se apartó de la comitiva ceremonial al entrar a la Asamblea Nacional para estrechar la mano a Viljoen, convertido en diputado parlamentario. Viljoen relata cómo, tras la investidura, Mandela le dijo: «Mi gran anhelo es ser presidente no solo del CNA, sino de todos, y deseo que acudas con toda libertad a mi despacho. Si tienes cualquier cuestión relativa a los afrikáners que desees discutir, no tienes más que plantearla».

«Y créame —señala Viljoen—, nunca tardé más de dos días en ver al presidente cuando tenía algo que quería discutir».<sup>29</sup>

La continua existencia del Consejo del Volkstaat se plasmó en la nueva Constitución como institución de transición.<sup>30</sup> Hubo asimismo consenso sobre el reconocimiento constitucional de los derechos de las comunidades de voluntarios frente a los grupos de derechos del *apartheid*. Esto, a su vez, sentó las bases para la instauración de consejos culturales de voluntarios en cada escalafón gubernamental y el establecimiento de la Comisión para la Promoción y Protección de los Derechos de las Comunidades Culturales, Religiosas y Lingüísticas (también conocida como Comisión CRL), con potestad para examinar reclamaciones y resolver conflictos.<sup>31</sup>

En realidad, sin embargo, el Consejo del Volkstaat alcanzó poca sustancia. Se consumió en 1999; su estatuto de constitución fue revocado en 2001 y sus informes remitidos a la Comisión CRL. La idea de que las preocupaciones de los afrikáners hacían necesario un territorio independiente o un partido político representativo había perdido el auge de antaño.<sup>32</sup>

El Consejo del Volkstaat había propiciado un foro, un arca en el que una persona podía encontrar refugio a su desasosiego, si bien en una tormenta más ilusoria que real. Lo cierto era que las aguas habían vuelto a su cauce. A ello había contribuido el cambio de poder político, al igual que la reconciliación, concretamente la decisión de Mandela de invertir gran parte de su energía en un compromiso con la sociedad afrikáner. Lo hizo a sabiendas de la longeva antipatía hacia los afrikáners. «Los sentimientos se enardecen particularmente cuando nuestra gente piensa en los afrikáners, el grupo que domina las instituciones políticas del país, lo cual dificulta el debate sereno».<sup>33</sup> Tomó como punto de partida la perspectiva de que era una equivocación «tratarles [a los afrikáners] como un grupo homogéneo con una ideología coherente e inalterable en cuestiones de raza, sosteniendo que tratando de razonar con ellos no se llegará a buen puerto».<sup>34</sup>

Continuó con perseverancia dialogando con los afrikáners que a su parecer podían sumarse a su proyecto de instaurar una democracia estable. En un principio creó desconcierto, especialmente entre algunos de los propios afrikáners. Acuciados por el sentimiento de culpabilidad, naturalmente esperaban una reacción hostil y vengativa por parte de Mandela y de sus seguidores negros. Al ocurrir lo contrario, provocó sorpresa, desconcierto y, según la conocida poeta y académica Antjie Krog, mucho más.<sup>35</sup> En sus contactos con miembros de la comunidad afrikáner durante su etapa como locutora radiofónica encargada de cubrir la información sobre la Comisión para la Verdad y la Reconciliación, Krog llegó a la conclusión de que los afrikáners interpretaban la disposición del pueblo africano para perdonar como un síntoma de debilidad e inferioridad. Si la mitad de lo que el pueblo africano había padecido se hubiese infligido a los afrikáners, consideraban estos, el país estaría bañado en sangre.

En julio de 1995, el *South African Times*, con sede en Londres, preguntó a diversas personas cuál sería en su opinión el deseo de cumpleaños de Mandela. En su respuesta, el satírico Pieter-Dirk Uys formuló las preguntas: «¿Qué querría Mandela? ¿Una vida larga? Sí, cómo no. ¿Una vida feliz? Con toda nuestra alma. ¿Una vida normal? ¿Cómo? No tiene que demostrar nada. Ahora cabe el peligro de que pueda incitar y desafiar,

poniendo en juego su posición como espécimen raro en vías de extinción, a fin de hacer entender su punto de vista. Es muy obvio cuál es. El hombre está entregado a la causa del perdón y la reconciliación. El hombre encarna lo mejor de todas las religiones: ¡ama al prójimo, aunque te haya encerrado durante veintisiete años!».<sup>36</sup>

«Fue Mandela —recordaría más tarde Viljoen, como encajando finalmente la última pieza de un rompecabezas—. Mandela cautivó a los afrikáners. Se cosechó una gran aceptación. Creó tales expectativas hacia una solución real en Sudáfrica que hasta el pueblo afrikáner aceptó la idea».<sup>37</sup>

La Comisión para la Verdad y la Reconciliación (TRC), presidida por el arzobispo Desmond Tutu, se ha convertido en el símbolo de la nueva Sudáfrica del mismo modo que el *apartheid* lo fue del viejo régimen, en segundo lugar después de la nueva Constitución. Para el mundo exterior, constituye una muestra palpable de la valerosa misión de afianzamiento de la democracia en Sudáfrica.

Desde sus inicios, la comisión investigó las violaciones de los derechos humanos y desarrolló mecanismos para quienes confesaran sus crímenes. La cruda realidad de los escuadrones de la muerte y la violencia de la «tercera fuerza» del régimen del *apartheid* eran de dominio público gracias a la labor de audaces periodistas, especialmente del *Vrye Weekblad* y del *Weekly Mail*. Dado que las sesiones se desarrollaban bajo la atenta mirada de las cámaras, la tremenda barbarie que se había cometido en defensa del *apartheid* se puso en evidencia en las salas de estar de un público que ya no podía permitirse el lujo de ampararse en la ignorancia. Durante el proceso se trataron asimismo las flagrantes violaciones de los derechos humanos cometidas en la lucha por la liberación. Así, la TRC se convirtió en una infractora de la igualdad de oportunidades desde el punto de vista de los citados a comparecer, que por lo general analizaban sus actos desde el prisma de la falta justificada. En todo el país surgieron debates sobre si las violaciones cometidas por los luchadores en pro de la libertad podrían llegar a equipararse algún día al estado de violencia existente bajo el *apartheid*.

La TRC no podría haber realizado su labor sin un líder con la valía y altura moral de Mandela. Tuvo que lidiar con argumentos en contra de la TRC en cada etapa: durante las negociaciones sobre los estatutos de fundación, en el nombramiento de los miembros de la comisión, en el transcurso de las sesiones y cuando finalmente se publicó el informe.

Por ejemplo, aprovechando la iniciativa de «puertas abiertas» de Mandela, Constand Viljoen intentó en un principio, si bien es cierto que en vano, poner a Mandela en contra de la TRC aduciendo que tendría más consecuencias negativas que positivas.<sup>38</sup> Aunque más tarde se convenció de las ventajas de participar en la TRC, Constand Viljoen tuvo que considerar la vulnerabilidad de sus partidarios si la fecha límite para los infractores con derecho a amnistía se mantenía a medianoche del 6 de diciembre de 1993. Consiguió el apoyo del vicepresidente de la TRC, Alex Boraine, para instar a Mandela a que prorrogara el plazo hasta el 10 de mayo de 1994. Con el respaldo de De Klerk, Mandela opuso resistencia a Viljoen. Sin embargo, la perseverancia del general retirado tuvo su compensación, pues al final logró convencer a Mandela de que prorrogase el plazo para la presentación de solicitudes de amnistía desde diciembre de 1993 hasta la fecha de la toma de posesión de Mandela en 1994.

No obstante, no fue una decisión que agradara a Mandela. Reflexionando sobre esta concesión tres años después, Mandela dijo: «Llevamos negociando [...] desde 1990 y las personas que cometieron delitos tras el inicio de las negociaciones no me merecen la menor consideración». Sin embargo, reconoció el papel de Viljoen diciendo: «Hemos sido capaces de evitar una situación similar a la de Bosnia gracias a la cooperación entre los líderes de un amplio abanico de filiaciones políticas [...]. No podía continuar ignorando sus insistentes llamamientos».<sup>39</sup>

Viljoen compareció posteriormente ante la TRC y solicitó la amnistía

por haber urdido el desbaratamiento de las elecciones por la fuerza. Niël Barnard, el antiguo responsable del Servicio Nacional de Inteligencia que había iniciado conversaciones en secreto con Mandela durante su encarcelamiento a instancias de P. W. Botha, también intentó persuadir a Mandela. Organizó un encuentro con Mandela y Johan van der Merwe, jefe de las fuerzas policiales, en un piso franco. Los dos oficiales de seguridad trataron de aducir que el proceso resultaría divisorio y que no reportaría ningún beneficio permanente. Tras escucharles, Mandela manifestó que entendía sus argumentos, pero que no los compartía. El pasado debía salir a la luz para informar a la gente de lo sucedido. Era la única vía para comenzar a cicatrizar las heridas del país.<sup>40</sup>

No iba a resultar fácil.

Cuando P. W. Botha fue citado para comparecer ante la TRC en octubre de 1997, se negó, lo cual planteó un dilema a Mandela.

En una entrevista para la Corporación pública de radio y televisión de Sudáfrica, Mandela advirtió de que era un «error pensar que la transformación se ha llevado a cabo sin complicaciones. Nos enfrentamos a una situación de guerra civil en la que la derecha decidió boicotear las elecciones por medio de la violencia. Tuvimos que negociar, que recurrir a personas influyentes que pudieran impedirlo. No voy a decir que algún individuo en particular nos ayudase en ese sentido. Pero tuvimos que acudir a personas que eran nuestros enemigos mortales a fin de desactivarlo. Y cuando surgen problemas hemos de pensar en ello.

»He hablado en dos ocasiones con P. W. Botha sobre la cuestión de la TRC. He hablado con todos sus hijos. He puesto al corriente a las Fuerzas de Defensa de Sudáfrica, al Servicio de Policía de Sudáfrica y a la Iglesia reformada holandesa, entre otros, porque estoy un poco más al tanto de lo que está ocurriendo a simple vista.

»Y es un grave error analizar los asuntos desde el punto de vista de lo que uno percibe y de lo que es obvio para todo el mundo. Hay temas que uno debe considerar de los que muchas personas no son conscientes. Es necesario tratar de serenar los ánimos. Pero nuestra determinación en este sentido no puede ir tan lejos como para permitir que se incumpla la ley. Yo he hecho lo que me corresponde y puedo asegurarles que P. W. Botha no está por encima de la ley y que jamás le permitiré que desacate las decisiones de la TRC. Y he instado a su familia a que ayude a evitar su humillación. Y si continúa por ese camino, la ley deberá seguir su curso. De eso no cabe la menor duda».<sup>41</sup>

Llevar a una persona como P. W. Botha, el último de los generales combatientes afrikáners, ante un tribunal era una tarea de envergadura. Por mucho que Mandela se hubiera ganado el apoyo de Botha para tranquilizar a los derechistas, que andaban buscando pelea, se mantenía firme en su convicción de que la ley era de primordial importancia. La ley era la ley. No quería poner al anciano en la picota, pero llegados a un punto, que así fuera. Por lo tanto, pidió a Barnard que le ayudase a persuadir a Botha, pero Barnard rehusó hacerlo. Botha se negaría. Obligarle únicamente lo convertiría en un mártir.<sup>42</sup> Es posible que Barnard tuviera razón o —tal vez más probable— que sencillamente no quisiera lidiar con Botha, que con el paso de los años se había vuelto más irascible. Mandela tal vez fuera un hombre de firmes convicciones, pero no imprudente. Lo último que deseaba era reavivar el fantasma de la sublevación afrikáner. Finalmente, Botha no llegó a comparecer ante la TRC.

El informe de la Comisión para la Verdad y la Reconciliación, publicado en 1999 en siete volúmenes, algunos de los cuales se extendían durante centenares de páginas, constituyó un documento exhaustivo —y con frecuencia doloroso—. En parte su finalidad era «proporcionar una perspectiva general del contexto en el que se desarrolló el conflicto y se cometieron execrables violaciones de los derechos humanos». El segundo volumen pone énfasis «en los autores de execrables violaciones de los derechos humanos y pretende entender los patrones de abuso, las formas de execrables

violaciones de los derechos humanos y la autorización y responsabilidad de las mismas».<sup>43</sup>

Dirigir el proceso entrañó tantas dificultades como recabar información de utilidad. Pese a estos escollos, se expuso que:

«[...] Se recopiló un inmenso corpus de documentación [...].

Sin embargo, las fuentes de información, aunque ricas, no se distribuyeron equitativamente, lo cual dificultó la identificación de organizaciones e individuos que fueron autores de la violencia, de asesinatos y de otras violaciones execrables. Las solicitudes de amnistía remitidas por antiguos miembros de la policía sudafricana (SAP) constituyen una inestimable fuente de material novedoso. La comisión recibió numerosas solicitudes de oficiales de policía en ejercicio o retirados donde se especificaban sus respectivas participaciones en abominables violaciones de los derechos humanos. Algunos de estos casos, como la muerte del señor Steve Biko durante su detención, eran muy conocidos tanto en el país como en el extranjero; otros se conocían solamente en un círculo muy reducido de los propios autores. La información aportada en las solicitudes de amnistía esclareció con más profundidad la verdad sobre el destino de una serie de víctimas individuales».<sup>44</sup>

No es de sorprender que hubiese reservas y críticas por doquier. Ante esta constancia, Mandela manifestó tras aceptar el informe: «No tuve dudas al aceptar el informe que la TRC me presentó en octubre, con todas sus imperfecciones.

»Era inevitable que una labor de semejante magnitud, realizada en tan escaso margen de tiempo y en una fase tan temprana de un proceso que todavía tardará muchos años en concluir, sufriera diversas limitaciones. Y sin duda el propio informe pone de relieve algunas de ellas.

»También era inevitable, dada la naturaleza de las divisiones que aún existen en nuestra sociedad y las heridas recientes que aún deben cicatrizar, que las conclusiones de este órgano diverjan respecto del criterio con el que alguno que otro vemos las cosas.

»Como preveíamos, cuando se remitió el informe en octubre se plantearon cuestiones acerca de una ficticia imparcialidad que parecía colocar a los que luchaban por una guerra justa a la misma altura que a quienes se oponían y defendían un sistema inhumano.

»Es más, en la práctica, las consecuencias del compromiso que posibilitó el proceso de amnistía como instrumento de transición pacífica resultan dolorosas para muchas de las víctimas de violaciones de los derechos humanos y para sus familiares.

»A muchos de los que perdieron a sus seres queridos o que vivieron un terror incomprensible por su cinismo y crueldad les desconcertará el aparente rechazo de la existencia de una “tercera fuerza”: el hecho de la existencia de una estrategia y un programa concebidos expresamente por los poderes fácticos de aquellos tiempos para fomentar la violencia entre los oprimidos, para suministrar armas y liderar a grupos que sembraron la muerte y la destrucción antes de 1990 y especialmente a partir de entonces [...].

»Se han planteado asimismo cuestiones relativas a la imparcialidad de la comisión y de otra índole. Y algunos han pretendido equiparar la labor de este órgano a una caza de brujas contra un grupo lingüístico en concreto.

»No es mi cometido pronunciarme sobre todos estos asuntos; algunos de ellos sin duda tendrán una connotación distinta cuando la TRC proporcione conclusiones más definitivas al término del proceso de amnistía.

»Será a partir del debate nacional que hoy iniciamos aquí cuando se alcance una resolución donde eso sea posible».<sup>45</sup>

Tras reconocer los escollos, Mandela insistió en la necesidad de un reconocimiento nacional de lo que había sucedido en el pasado y de los esfuerzos coordinados que serían precisos para hacer realidad las recomendaciones de la TRC.

«El éxito de la reconciliación y la unidad de la nación —dijo— dependerá de que todos los sectores de la sociedad reconozcan, al igual que el mundo y la TRC, que el *apartheid* fue un crimen contra la humanidad cuyos viles actos trascendieron nuestras fronteras y sembraron las semillas de la destrucción de una cosecha que hoy continuamos recogiendo.

»En este sentido no puede haber evasivas, pues es este reconocimiento lo que subyace en la esencia del pacto nacional que es nuestra nueva Constitución, de nuestra nueva democracia y de la cultura de derechos humanos que estamos instaurando juntos.

»A pesar de todas sus limitaciones, la TRC ha realizado una monumental labor a la hora de ayudar a nuestra nación a llegar a este entendimiento

».46

Al margen de sus limitaciones y logros, la TRC ha brindado la oportunidad de arrojar luz —y acaparar la atención nacional e internacional— sobre los crímenes no reconocidos y el sufrimiento del pasado.

Pero las opiniones en torno a la TRC continuaron siendo muy divergentes.

Un sondeo llevado a cabo por el Consejo de Investigación de Ciencias Humanas en diciembre de 1998 reflejó la polarización. El 72% de la población africana opinaba que la TRC era «algo positivo para el país», mientras que el mismo porcentaje de población blanca opinaba lo contrario.<sup>47</sup>

Algunos de los encuestados —incluidos los que consideraban una flagrante traición la renuente y forzada cooperación de autores como De Klerk y otros miembros del National Party— deseaban olvidar el pasado. Para ellos, el hecho de reconocer haber sido cómplices —o beneficiarios— de un sistema cuyo anacronismo se estaba poniendo en evidencia resultaba duro de digerir. No fueron pocos los que se ampararon en el argumento de que el hecho de haber accedido a ceder al poder político era castigo suficiente.

Para algunas de las víctimas, sin embargo, revivir las espantosas experiencias reavivó traumas superados. La mayoría tenía la expectativa de que —al margen de resarcimientos— el proceso de la TRC haría pagar a los beneficiarios del *apartheid* contribuciones significativas encaminadas a resarcir los errores del pasado mediante una transformación más rápida.

Mandela era consciente de estas tensiones, al igual que era sensible al hecho de que una considerable proporción de la comunidad blanca había aceptado gradualmente el proceso de la TRC y sus repercusiones en la nueva dispensa constitucional. En el discurso sobre el estado de la nación de 1997, Mandela reconoció que el gobierno era «consciente de la inquietud que algunos afrikáners sentían con respecto a, en particular, la labor de la Comisión para la Verdad y la Reconciliación.

»Por supuesto —continuó—, ya no resulta tan fácil como antaño hablar sobre los afrikáners en términos homogéneos, del mismo modo que tampoco resulta tan sencillo que alguien reivindique hablar en representación del pueblo afrikáner.

»Los afrikáners están repartidos a lo largo y ancho de nuestra sociedad en diferentes ámbitos, ostentando diferentes cargos, expresando diferentes puntos de vista y criterios.

»Los afrikáners constituyen una parte intrínseca de nuestra nación irisada, reflejando la rica diversidad donde reside su fuerza.

»Con todo, nos hacemos eco de las voces que se han alzado en contra de la TRC, voces que sugieren que constituye una caza de brujas».

Haciendo hincapié en que los objetivos de la TRC estaban claramente definidos en la Constitución provisional y en la legislación, Mandela aconsejó a los parlamentarios —y al conjunto del país— que debían «salir de ese proceso con una imagen nítida de esa parte de nuestra historia. Hemos de hacer justicia a los que sufrieron y hemos de terminar en el camino hacia la reconciliación duradera, decididos a no volver a cometer jamás semejantes injusticias los unos contra los otros.

»No ha lugar a la menor impresión de que un grupo racial, étnico, lingüístico, religioso o de cualquier otra índole esté sentado a título colectivo

en el banquillo. La diversidad de la población afrikáner significa que los afrikáners sabrán que cuando un determinado autor de execrables violaciones de los derechos humanos afrikáner comparezca ante la comisión, no será el grueso de los afrikáners el que deba rendir cuentas. Porque, al igual que en el caso de otras comunidades lingüísticas y culturales, la brutalidad hacia los demás no está en la naturaleza innata del afrikáner.

»Todos nosotros, como nación que acaba de descubrirse a sí misma, compartimos la indigna capacidad de los seres humanos de cualquier grupo racial o lingüístico de infligir un trato inhumano a otros congéneres. Todos deberíamos compartir el compromiso por una Sudáfrica en la que eso jamás se repita».<sup>48</sup>

Mandela se entregó a la causa de la reconciliación con la plena esperanza de que la futura Sudáfrica contrarrestara los horrores infligidos a la mayoría de la población en el pasado. Como en la mayor parte de las leyendas de valor, el hombre o la mujer primero ha de marcharse y sufrir grandes privaciones para ser capaz de regresar a servir al pueblo. En noches sofocantes, los soldados de los campamentos del CNA en Angola solían cantar y bailar durante la llamada *jazz hour*, un tiempo de reafirmación. Mientras el jolgorio continuaba en la plaza, una sección del contingente daba clases a los analfabetos; se había corrido la voz a través de los muros de la isla de Robben, a miles de kilómetros, de que Mandela y los restantes presos políticos estaban estudiando, preparándose para regresar a su tierra natal.